

Las siete fiestas de Jehová

Etapas de la vida cristiana

Autor: G. André

Las fiestas de Jehová, como están expuestas en Levítico capítulo 23, eran “fiestas solemnes”, es decir, tiempos fijados para acercarse a Dios y presentarle sacrificios (v. 37). Según el pensamiento divino, no eran fiestas del pueblo, sino “las fiestas solemnes de Jehová”, santificadas para él y para su gloria. Cuando la tradición y los ritos las despojaron de su verdadero carácter –hasta el punto de excluir de ellas al mismo Señor Jesús–, esas fiestas fueron llamadas meramente “fiesta de los judíos” (Juan 5:1; 7:2).

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prólogo	3
Introducción	4
La pascua.....	7
El lado de Dios	7
El lado del rescatado.....	8
La Pascua como alimento	9
La Pascua como memorial.....	11
La fiesta de los panes sin levadura	13
Cristo, el único sin pecado.....	13
El andar de separación del rescatado.....	13
La gavilla por primicia.....	16
Cristo resucitado	16
La vida de resurrección del creyente.....	16
Pentecostés	19
Conmemoración al son de trompetas	23
El día de la expiación (ver nota al final del libro).....	25
El pecado	25
Los sufrimientos de Cristo	25
El propiciatorio.....	27
La fiesta de los tabernáculos.....	29
¿Cuál era la ordenanza de la fiesta para los israelitas?.....	29
El octavo día, el gran día de la fiesta.....	30
La fiesta de los Tabernáculos a través de los tiempos	31
El octavo día, anticipo del cielo	32
Conclusión	34
El pan de la tierra.....	36
Explicación de la palabra “expiación”	39

Prólogo

Las fiestas de Jehová, como están expuestas en Levítico capítulo 23, eran “fiestas solemnes”, es decir, tiempos fijados para **acercarse** a Dios y presentarle sacrificios (v. 37). Según el pensamiento divino, no eran fiestas del pueblo, sino “las fiestas solemnes de Jehová”, santificadas para él y para su gloria. Cuando la tradición y los ritos las despojaron de su verdadero carácter –hasta el punto de excluir de ellas al mismo Señor Jesús–, esas fiestas fueron llamadas meramente “fiesta de los judíos” (Juan 5:1; 7:2).

Aparte de su valor histórico por haber sido celebradas efectivamente en Israel, estas fiestas tienen a la vez un significado simbólico y un alcance profético. Consideraremos este último para buscar su aplicación a la vida cristiana. Por cierto, los caminos de Dios son los mismos, trátense de su pueblo terrenal, de su pueblo celestial o del rescatado individualmente.

Cabe recordar que el cristiano no celebra fiestas rituales (Colosenses 2:16; Gálatas 4:10), pero las de Levítico 23 pueden considerarse como otras tantas experiencias espirituales que el rescatado se ve llamado a vivir quizá más de una vez en su vida cristiana.

Para profundizar en este tema, recomendamos al lector el estudio de los comentarios de C. H. Mackintosh sobre Levítico, Números y Deuteronomio.

Introducción

El sábado es mencionado a la cabeza de las fiestas solemnes (Levítico 23:2-3) sin que por ello forme parte de las siete fiestas (v. 4). «El primer pensamiento de Dios es el reposo (Génesis 2:2-3), no la inactividad, sino la satisfacción profunda que él experimenta al ver cumplida su obra. Dios desea hacer participar a los suyos de ese reposo, pero, para gozarlo en común, no debe haber ni un solo pensamiento que no se pueda compartir con él» (J. N. Darby).

El reposo, si bien es el primer pensamiento de Dios, en realidad es el resultado final, la meta, el fin de todos sus planes. Es preciso todo el ciclo espiritual de las siete fiestas para que su pueblo sea llevado a su propio reposo, no ya a un reposo posterior a la creación, sino al de la redención, a toda la satisfacción que Dios encontró en la persona y la obra de su amado Hijo, reposo de la Iglesia y del propio rescatado en el cielo, reposo de Israel en la tierra durante el milenio, reposo de la creación, la cual gozará de la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Romanos 8:21).

El pecado hizo imposible que el hombre gozara de ese reposo sin que mediara la redención; de allí la necesidad de la primera fiesta, **la Pascua**, fundamento de las demás. Dios halló su reposo absoluto en la obra de Cristo. Él vio la sangre del cordero “en los dos postes y en el dintel de las casas” (Éxodo 12:7 – El dintel es la pieza horizontal superior de una puerta). Para nosotros, la base de todo reposo es que Dios aprecie la obra de Cristo. Sin duda, para ser salvo, cada uno debe apropiarse de esa obra por la fe, así como cada familia israelita debía elegir un cordero, guardarlo, degollarlo, poner la sangre sobre las puertas, confiando en la promesa hecha a Moisés en cuanto a que de ese modo el primogénito estaría protegido del juicio. Esta es la responsabilidad del hombre; pero el fundamento de todo reposo está en el hecho de que **Dios** halló su plena satisfacción en la obra cumplida en la cruz.

El cordero pascual fue, además, el alimento de aquellos que estuvieron al abrigo que ofrecía su sangre. Para Israel la Pascua se transformó luego en memorial celebrado cada año en recuerdo de la maravillosa liberación efectuada una vez para siempre. Así es la **Cena** para el cristiano. La Pascua anticipaba la cruz; la Cena la conmemora.

A la Pascua se hallaba íntimamente ligada la **fiesta de los panes sin levadura**, la cual duraba siete días. En la propia Pascua se encuentran ya los panes sin levadura; solo el Señor Jesús no tuvo ningún pecado; al abrigo de la sangre, el redimido se nutre de él, Cordero de Dios ofrecido en sacrificio, pero también hombre perfecto que glorificó plenamente a Dios al estar absolutamente separado de todo mal. Además, unido a Cristo, el creyente es exhortado a realizar en su andar

práctico, a lo largo de toda su vida, esta separación del mal, tan perfectamente manifestada en Cristo. De hecho, la fiesta de la Pascua y la de los panes sin levadura formaban una sola (Lucas 22:1). No se puede decir: «Creí en el Señor Jesús, soy salvo», y luego caminar como la gente del mundo.

La tercera fiesta, que consistía en ofrecer a Dios la “gavilla por primicia de los primeros frutos”, solo podía celebrarse “en la tierra”, es decir, en Canaán (v. 10). Egipto es figura del mundo, del cual el pueblo de Dios es sacado; el desierto es lo que ese mismo mundo ha venido a ser para el creyente: lugar de combates y pruebas, pero también de numerosas experiencias de la gracia divina. Para entrar en el país, es decir, en la plenitud de las bendiciones que tenemos en Cristo, se necesita cruzar el Jordán o, en otras palabras, haber experimentado que hemos muerto y resucitado con él (Colosenses 3:1-3). Al llegar la cosecha se debía cortar una primera gavilla y ofrendarla a Dios **el día después** del primer sábado de la semana de Pascua (v. 11), llamativa figura de Cristo resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron (1 Corintios 15:20), como así también de quienes, unidos a un Cristo resucitado, somos llamados a andar en vida nueva. Es el lado positivo de la vida cristiana.

Cincuenta días más tarde tenía lugar la fiesta de Pentecostés (o fiesta de las Semanas), en la cual se presentaba una nueva ofrenda a Dios, al día siguiente del séptimo sábado. Ese primer día de una nueva semana presagiaba ya el descenso del Espíritu Santo (Hechos 2:1-4), poder del andar del creyente.

Un largo período transcurría sin fiestas hasta el séptimo mes. A menudo, ¿no ocurre así en la vida cristiana? Hemos sido llevados al Señor Jesús, en cierta medida hemos practicado la separación del mundo en nuestro andar y hemos gozado de una nueva vida conducida por el Espíritu Santo. Pero luego estas cosas tan preciadas fueron perdiendo lentamente su atractivo; las descuidamos un poco, y tal vez sin darnos cuenta, nos dormimos. Es necesario que Dios nos despierte.

El primer día del séptimo mes, el sonido de las trompetas anunciaba la proximidad de otras solemnidades. Mediante una poderosa acción de su Palabra, por una prueba u otros medios, Dios quiere llevar al alma a una comunión más profunda con él.

Pero si la gracia restablece y restaura, ello no puede tener lugar sin un trabajo de conciencia, del cual nos habla el anunciado **día de la expiación** (v. 27). Es imprescindible ser llevado, en la medida en que podamos, a una apreciación mucho más profunda de lo que el pecado es a los ojos

de Dios, de los sufrimientos de Cristo para expiarlo y del valor de su sangre presentada en el santuario. Entonces el alma se encomienda a Dios, descansando en el sacrificio cumplido hace tanto tiempo, pero de virtud invariable.

Pocos días después de la aflicción de la fiesta de la expiación, venía el gozo de la fiesta de los **Tabernáculos**. Gozo y comunión del creyente que mora en Cristo, gozo y bendición de Israel bajo el cetro del Mesías. Pero el octavo día de la fiesta también es un maravilloso anticipo del cielo y del gozo eterno de todos los redimidos.

En todas estas fiestas se debían ofrecer sacrificios, en particular holocaustos, como lo vemos en Números 28 y 29, durante la mayor parte de los días solemnes. Ningún progreso espiritual verdadero se puede producir sin la convicción de que Cristo se ofreció a Dios, de que cumplió la voluntad del Padre y se propuso glorificarle en todo. Sin duda apreciamos lo que fue hecho a nuestro favor, pero es preciso ir más lejos y más profundo para captar lo que es debido a Dios de parte de los beneficiarios de lo que representan las fiestas: **“Mi ofrenda, mi pan con mis ofrendas encendidas en olor grato a mí, guardaréis, ofreciéndomelo a su tiempo”** (Números 28:2).

Por último, Deuteronomio 16 menciona las tres grandes fiestas: la de la Pascua y de los panes sin levadura, la de Pentecostés (o de las Semanas) y la de los Tabernáculos. Este capítulo, escrito para el tiempo en que Israel estuviera “en la tierra”, subraya la reunión del pueblo en el lugar donde Dios hubiese puesto su nombre. La Pascua estaba marcada por la aflicción; Pentecostés por el gozo compartido con los gentiles (los dos panes), y los Tabernáculos por el gozo completo: “Estarás verdaderamente alegre”. El israelita –como el cristiano ahora– no se presentaba ante Dios para obtener una bendición o ganarse un mérito, sino para dar gracias por la bendición recibida.

En el curso de la larga historia de Israel, a menudo estas fiestas fueron olvidadas, descuidadas o mal observadas; pero el Espíritu de Dios se complace en subrayar las ocasiones en que la Pascua o la fiesta de los Tabernáculos fueron celebradas según la ordenanza y con el gozo de una reencontrada comunión con Dios. A menudo, ¿no ocurre así en nuestra vida? Y si hay momentos particulares en los cuales Dios quiere hablarnos o restaurar nuestras almas para hacernos progresar espiritualmente, sepamos escuchar, humillarnos delante de él; contemplando a Cristo y su obra, “procuremos, pues, entrar en aquel reposo” (Hebreos 4:11) adquirido para nosotros a tan gran precio.

La pascua

Dios quiere reunir un pueblo alrededor de sí mismo en su reposo para que publique Su alabanza (Isaías 43:21). Para que ello sea posible, todo debe estar en orden no solamente en gracia, sino también en justicia, porque Dios es tanto luz como amor. En figura, la Pascua echa los fundamentos de esta obra.

“Este mes os será principio de los meses”. Algo completamente nuevo iba a comenzar; lo que había precedido no contaba más para Dios. El año civil seguiría su curso, pero un nuevo año empezaría, marcado por nuevas relaciones con Dios sobre una base completamente distinta. ¿No ocurre lo mismo para nosotros en el momento de la conversión y del nuevo nacimiento? Pudimos ser llevados al Señor a los doce años de edad, tal vez a los veinte o a los sesenta, pero solamente los años de la vida nueva contarán para Dios: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

Vamos a considerar cuatro aspectos de la Pascua:

- El lado de Dios.
- El lado del rescatado.
- La Pascua como alimento.
- La Pascua como memorial.

El lado de Dios

Desde la caída, el pecado impide todo reposo al hombre, como lo dice el Señor Jesús: “Mi Padre... trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17). No hay reposo sin la redención, sin la Pascua, figura de la obra perfectamente cumplida en la cruz.

Dios tenía ante sí su Cordero: un cordero preparado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado a su tiempo; por eso Éxodo 12 no habla de muchos corderos, aun cuando cada familia debía sacrificar uno. Para Dios hay un solo Cordero: su Hijo amado.

El cordero debía estar guardado durante cuatro días para manifestar que no tenía defecto.

“ Tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado
(Hebreos 4:15),

el Cordero de Dios no manifestó sino perfección durante su vida en la tierra. Los cuatro evangelios lo testifican.

Incluso un cordero sin tacha, objeto de cariño por parte de los que vivían con él, no los podía salvar: “La misma sangre hará expiación de la persona” (Levítico 17:11). Este cordero, al que se le había tomado cariño, debía ser degollado, y su sangre debía ser puesta en el dintel y los dos postes de la puerta. ¡Con cuánta ansiedad el hijo mayor debió haber seguido todos los movimientos del padre de familia, para estar seguro de que todo se hiciera según la ordenanza divina, ya que solo así escaparía de la muerte!

Pero no nos corresponde a nosotros apreciar el valor de la sangre, es Dios quien lo hace: “**Veré** la sangre y pasaré de vosotros...”. No permitiré que el destructor entre en vuestra casa para herir de muerte. De hecho, ¿qué sangre veía Dios allí? No la del cordero inmolado aquella tarde en cada hogar israelita –sangre que no podía quitar el pecado–, sino la de su Hijo amado, la que sería vertida en la cruz del Calvario.

La justicia de Dios debía herir a los egipcios que desechaban su Palabra y sus obras, pero esa misma justicia también debía salvar a toda casa en la cual la sangre del cordero hubiese sido puesta. Dios no habría sido justo si hubiese castigado allí donde una víctima ya había sido inmolada. Dios no solo es amor al perdonar, no solo somos salvos por gracia, sino que él es

el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús



(Romanos 3:26).

Pedro agrega: “Fuisteis rescatados... con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18-19). Sangre preciosa no tanto para nosotros –por más que sea cierto–, sino ante todo para Dios, el único que puede estimar el valor de ese sacrificio en el cual halló su pleno reposo.

El lado del rescatado

Si bien es cierto que Dios hizo todo, que dio el cordero, también es cierto que, para ser salvo, todo hombre debe apropiarse personalmente de la obra de Cristo: “Tómese **cada uno** un cordero”. Tomar el cordero, guardarlo, inmolarlo, poner su sangre en la puerta y luego permanecer dentro de la casa era responsabilidad de la familia. La **seguridad** del hijo mayor dependía de la sangre puesta en el exterior; sus sentimientos no podían cambiar nada; la **certeza** de escapar del juicio provenía de la fe en la palabra de Dios transmitida por Moisés. Hoy en día muchas personas, a pesar de que están a salvo desde que aceptaron la muerte del Señor Jesús a su favor, aun permanecen temerosas, porque no han depositado toda su fe en la Palabra de Dios, la cual declara

terminantemente: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna...”. Y el Señor Jesús afirma: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 3:36; 5:24). La seguridad de la salvación, la paz, provienen de la fe en la Palabra de Dios; la seguridad eterna de nuestras almas está fundada en la obra que Cristo cumplió en la cruz.

“Todo primogénito... mío es”, declaró el Señor (Éxodo 13:2). “Cristo... por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:15). Para el rescatado, una vida **nueva** comenzó en la cruz; es feliz de ser salvo, lavado, purificado, justificado; pero no debe olvidar que ya no se pertenece a sí mismo, sino a Aquel que lo rescató a tan alto precio.

La Pascua como alimento

El cordero fue introducido en una familia sobre la cual se cernía la muerte; todo cambió y hubo seguridad y paz. La noche en que el destructor pasó, la familia se alimentó de la víctima asada al fuego, de panes sin levadura y de hierbas amargas.

En la institución de la Pascua (Éxodo 12:1-11) muchas veces se menciona el verbo **“comer”**. Creer en el Señor Jesús no es simplemente una adhesión intelectual a lo que la Palabra nos dice de él, ni una fórmula mágica que se repite, como algunos lo pretenden. Después de declarar: “El que cree en mí, tiene vida eterna”, el Señor Jesús agrega:

“ Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros (Juan 6:47, 53).

Por cierto, no se trata de comer y beber físicamente su carne y su sangre (tampoco se trata de la celebración de la Cena), pues “las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63).

Pero, para tener la vida es necesario –espiritualmente, en nuestras almas y de todo corazón– apropiarnos de ese cuerpo dado y de esa sangre derramada por el Señor Jesús, los únicos que quitan los pecados. Comer su carne y beber su sangre no es un acto ritual; así como los alimentos que tomamos se vuelven parte integrante de nuestro cuerpo y finalmente lo constituyen, así nuestra alma debe –por la fe, la inteligencia y el corazón– captar lo que significa la obra de la

cruz y aceptarla completamente. Si bien es un acto cumplido una vez para siempre en la conversión (Juan 6:53, pretérito indefinido de la conjugación griega) para tener la vida, también es una acción continua (v. 56, presente) para permanecer en él.

El cordero no debía estar medio cocido o cocido en agua, sino asado al fuego. Gedeón no lo comprendió, pues trajo la carne en un canastillo y el caldo en una olla. ¿Qué le ordenó el ángel del Señor? “Toma la carne y los panes sin levadura, y ponlos sobre esta peña, y vierte el caldo... Y extendiendo el ángel de Jehová el báculo que tenía en su mano, tocó con la punta la carne y los panes sin levadura; y subió fuego de la peña, el cual consumió la carne y los panes sin levadura” (Jueces 6:20-21). Cristo debió pasar por todo el juicio de Dios. Nada le fue evitado. “Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí” (Salmo 42:7). La cabeza, las piernas, el interior, es decir, la inteligencia, el andar y los sentimientos, todo debió sufrir el fuego; a través del juicio brillaron tanto más sus perfecciones.

Hierbas amargas y panes sin levadura acompañaban la comida, “pan de aflicción”, dice Deuteronomio 16:3. Al gozo de la salvación se mezcla el sentimiento amargo de lo que nuestros pecados costaron al Señor Jesús.

Todos participaban del cordero; había una porción completa para cada uno; nadie podía decir que su parte no había sido prevista. Sin embargo, más tarde, en la parábola del hijo perdido (Lucas 15), el hijo mayor rehusó entrar en la casa y participar del festín preparado por el amor del padre.

Cualquiera que hubiese entrado en la morada de un israelita aquella noche, habría podido comprobar que la familia se hallaba a punto de partir; todos sus miembros debían abandonar Egipto; sus lomos estaban ceñidos, las sandalias en sus pies, el bordón en la mano. Todo rescatado del Señor Jesús viene a ser, en este mundo, un extranjero cuya patria está en el cielo.

De Jesús en la senda de amor,

Un tesoro nuestra alma encontró,

Bien eterno que por su valor

Extranjeros aquí nos volvió.

Himnos & Cánticos N° 114

No todas las familias podían comerse un cordero, por ello Dios permitía que si la familia era pequeña, dos familias vecinas tomaran un cordero, según el comer de cada uno, pero todos tenían parte en **el** cordero: en “las casas en que **lo** han de comer” (v. 7). La unidad del pueblo de Dios se expresa participando todos de un solo Cordero, que ha venido a ser el centro de todos sus afectos y de su reunión.

La Pascua como memorial

La salida de Egipto tuvo lugar de una vez para siempre. La primera Pascua no se debía repetir; la sangre tampoco sería puesta nuevamente sobre las puertas; pero enseguida Dios había declarado: “Este día os será en memoria... fiesta solemne para Jehová... estatuto perpetuo” (Éxodo 12:14). De año en año, la Pascua recordaría al pueblo que él había “salido” de Egipto, expresión repetida varias veces en Deuteronomio 16:1-8. Cada año, el cordero asado al fuego los congregaría y les recordaría el precio pagado por su liberación.

Números 9:1-14 presenta la Pascua como memorial celebrado **en el desierto**. El primer mes del primer año el pueblo había salido de Egipto. El primer día del primer mes del segundo año el tabernáculo había sido erigido, seguido por la dedicación del altar durante doce días (Números 7), las lámparas del santuario habían sido encendidas y los levitas habían sido ofrecidos (según cap. 8:13, 18). Por primera vez el pueblo, después de haber sido librado del juicio de Dios que había caído sobre Egipto y del poder del Faraón cuyo ejército había perecido en el mar Rojo, estaba congregado en torno al santuario, e iba a celebrar el memorial de la Pascua.

Algunos hombres se hallaban inmundos; si bien eran conscientes de su estado, tenían el deseo de comer la Pascua. ¿Serían excluidos de ella? La gracia iba a proveer. Purificados según Números 19, podrían celebrar la fiesta el segundo mes. De igual manera el que estuviere de viaje el primer mes –figura de un creyente que se ha alejado del Señor–, podría volver sin tardar y en el segundo mes tener parte en el cordero. Incluso el extranjero deseoso de celebrar la Pascua podría hacerlo con la condición de ser circuncidado, señalando así su integración al pueblo de Dios. Por el contrario, qué solemne juicio es pronunciado contra aquel que, estando limpio y no hallándose de viaje, se abstuviera de celebrar la Pascua: “No ofreció a su tiempo la ofrenda **de Jehová**, el tal hombre llevará su pecado”. La Pascua no se tomaba para sí mismo, sino para Dios, porque él lo había pedido.

Deuteronomio 16:1-8 imparte las instrucciones para celebrar el memorial de la Pascua **en la tierra** de Israel. Este pasaje hace énfasis sobre el lugar “que Jehová escogiere” para poner allí su nombre, único sitio donde se podría celebrar la fiesta.

Josué 5:10-12 describe la celebración de la Pascua en Canaán, después de la travesía por el Jordán y la circuncisión. Está acompañada de alimentos nuevos: el trigo del país de años pasados (Cristo en los consejos de Dios), panes sin levadura (perfección de su andar), espigas nuevas tostadas (recuerdo de sus sufrimientos). ¡Qué bendición haber salido del mundo, ser libres de toda esclavitud, entrar en la realidad de las bendiciones divinas!

A través de los siglos, sin duda la Pascua fue celebrada numerosas veces, aunque la Palabra se limita a mencionar solo siete ocasiones, entre ellas las que celebraron Ezequías y Josías, cuando la energía de la fe de un hombre provocó un despertar, un anhelo de celebrar el memorial (2 Crónicas 30 y 35).

Pero debía llegar el día en que el sacrificio –del cual la pascua era una figura– fuera ofrecido. La noche en que iba a ser entregado, oímos la voz del Señor Jesús hablando al corazón de sus discípulos: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!”. Al final de la comida, el Señor instituyó otro memorial: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo... esta copa es el nuevo pacto en mi sangre”. Para el cristiano, la Cena dominical reemplazó la Pascua. ¿Hablará con menos elocuencia a nuestro corazón? ¿Nos abstendremos de ella cuando la voz del Señor repite: “Haced esto en memoria de mí”? (Mateo 26:26-29; Marcos 14:22-25; Lucas 22:15-20). ¿No queremos decir con el profeta:

Tu nombre y tu memoria son el deseo de nuestra alma?

“

(Isaías 26:8).

Jóvenes padres de familia que participan del memorial de la muerte del Señor: un día oirán una voz infantil que preguntará: “¿Qué es este rito vuestro?” (Éxodo 12:26). Y con emoción, con afecto, ustedes tendrán la inolvidable oportunidad de hacer vibrar las cuerdas del joven corazón de su hijo, o hija, para Aquel que nos amó hasta la muerte.

La fiesta de los panes sin levadura

En todas las Escrituras, la fiesta de los panes sin levadura está íntimamente ligada a la Pascua. No se podría creer en el Señor Jesús y seguir viviendo como antes. “Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta... con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:7-8). Mediante una vida de separación del mal, el creyente es exhortado a manifestar que pertenece a Cristo. No solo la Pascua debía ser comida con panes sin levadura, sino que durante la semana siguiente (figura de toda la vida del rescatado), la levadura debía ser quitada del “territorio” de Israel: vida individual, familia, colectividad (Éxodo 13:7; Deuteronomio 16:4). Finalmente, si bien la Pascua se celebraba “en el lugar que Jehová escogiere para que habite allí su nombre”, la fiesta de los panes sin levadura debía ser observada en las casas.

Podemos considerar esta fiesta bajo un doble aspecto:

- Cristo, el único sin pecado,
- o el andar de separación del rescatado.

Cristo, el único sin pecado

En efecto, los panes sin levadura nos hablan de Cristo, de su humanidad y de su vida perfecta. El apóstol Pablo dice: “No conoció pecado” (2 Corintios 5:21); Pedro afirma: “El cual no hizo pecado” (1 Pedro 2:22); y Juan subraya: “No hay pecado en él” (1 Juan 3:5). En él todo fue perfecto, no hubo ninguna apariencia que sobrepasase la realidad; nada que estuviera por fuera de la voluntad de Dios. Cuán necesario es nutrirse de un Cristo así. En Éxodo 12:15-20, siete veces la institución de la fiesta ordena “comer”.

Pero esa vida perfecta no podía estar disociada de su muerte y de su plena consagración a Dios. Es lo que nos enseña Números 28:17-25: cada día de la fiesta de los panes sin levadura se debía ofrecer un holocausto con su ofrenda de harina acompañada de un sacrificio por el pecado.

El andar de separación del rescatado

En Cristo, el creyente no tiene levadura (1 Corintios 5:7). Se trata de manifestarlo en la práctica, de andar no **para** volvernos santos, sino **“como** conviene a santos”, demostrar que realmente hemos “salido de Egipto”.

1 Corintios 5:7-8 nos muestra el principio de ello, sea para el andar individual o para el andar de la asamblea. La levadura en todas sus formas debe ser excluida. “La vieja levadura” es lo que hincha, es el orgullo que eleva al hombre, lo que queda de nuestra manera de ser anterior a la conversión. La vieja naturaleza siempre estará en nosotros mientras estemos en esta tierra:

“ Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos
(1 Juan 1:8);

pero debemos velar para que, por el poder del Espíritu Santo, los frutos de esa vieja naturaleza no se manifiesten.

“La levadura de malicia” es, en particular, el mal que decimos de los demás, influencia dañina en una asamblea, ya que se extiende con rapidez, contamina toda la masa y causa un mal considerable. La levadura “de maldad” es el mal o el daño que hacemos a otros.

En los evangelios, el Señor Jesús habla de “la levadura de los fariseos” (Mateo 16:6): orgullo religioso, individual o colectivo (“te doy gracias porque no soy como los otros hombres”, Lucas 18:11), y también la hipocresía. La levadura “de los saduceos” es la incredulidad, el hecho de poner en duda la Palabra de Dios, el racionalismo, pues ellos no creían en la resurrección, ni en los ángeles ni en los espíritus (Hechos 23:8). “La levadura de Herodes” (Marcos 8:15) consiste en querer agradar al mundo para prosperar y obtener el favor de los eminentes. **Un poco** de levadura de esas diversas clases, ¡cuán rápidamente hace leudar **toda** la masa, más pronto de lo que se cree!

Por eso repetidas veces la Palabra nos exhorta a purificarnos de toda inmundicia de carne y de espíritu, a hacer morir nuestros miembros que están en la tierra, a renunciar a todas estas cosas: ira, enojo, malicia, maledicencias, palabras deshonestas, etc. Juzgarnos a nosotros mismos –cuando nos damos cuenta de que la carne produjo esos frutos– es mirar a Dios, sin demora, confesarle nuestras faltas y, de acuerdo con él contra nosotros mismos, recobrar el gozo de su comunión.

Sin embargo, no se trata de estar siempre ocupados con el mal, ni siquiera para juzgarlo. El verdadero recurso es volverse hacia el bien, buscar las cosas de arriba y depositar en ellas nuestros afectos. La ociosidad es peligrosa para el cristiano; si disponemos de tiempo libre, procuremos no dejar que el enemigo lo aproveche para corromper nuestros pensamientos; busquemos la presencia del Señor, estudiemos su Palabra, cumplamos el servicio que él nos señale.

La fiesta de los panes sin levadura, aplicada a nuestra vida cristiana, es en cierto modo su lado negativo. Ahora bien, contentarnos con lo negativo nos lleva al legalismo: no tomes, no gustes, no toques, no vayas, no leas... El pensamiento de Dios, en cambio, es que dediquemos nuestro tiempo al bien, a su Hijo, a la luz. Es precisamente lo que hallaremos en la fiesta de la gavilla.

La gavilla por primicia

La Pascua y la fiesta de los panes sin levadura podían ser celebradas en el desierto, pero para traer al Señor la gavilla por primicia era menester haber entrado **en la tierra** que él les daba. La Pascua era sacrificada por la tarde, a la puesta del sol, y comida en la noche. En la mañana todo estaba terminado (Deuteronomio 16:6-7). La gavilla por primicia debía ser presentada al Señor el día siguiente al sábado, al comienzo de una nueva semana. El evangelio de Marcos, después de repetir siete veces que la noche llegaba –la cual desembocó en la tumba– anuncia un nuevo día, el primero de la semana, cuando muy de mañana, salido el sol, los que buscaban a Jesús muerto supieron que había resucitado.

Cristo resucitado

Esta gavilla, primer fruto de la siega, es figura de Cristo resucitado, primicias de los que durmieron (1 Corintios 15:20). La gavilla era **mecida** delante de Dios para presentar así todos los aspectos de la resurrección. En efecto, qué momento glorioso cuando Cristo resucitado, alzado al cielo, entró en la presencia de Dios habiendo obtenido eterna redención. Ofrecían la gavilla para **ser aceptos a Dios**. Cristo resucitó para nuestra justificación. Según el mundo, el Nazareno solo era “un cierto Jesús... muerto” (Hechos 25:19), mas para Pablo era el viviente. El grano de trigo caído en la tierra murió, y ahora lleva mucho fruto.

La resurrección de Cristo es una verdad capital del Evangelio, es la consagración de la derrota del enemigo, la demostración pública de la victoria obtenida en la cruz (Colosenses 2:15).

La ofrenda de la gavilla era acompañada por un holocausto con su presente de flor de harina y, por primera vez en Levítico, con una libación de vino, símbolo del gozo que acompaña a la resurrección.

La vida de resurrección del creyente

Antes de ofrecer la gavilla no se permitía comer pan de trigo nuevo, ni grano tostado, ni en espiga. El mismo día de su resurrección, Jesús se acercó a dos de sus discípulos que iban a Emaús y les explicó “en todas las Escrituras lo que de él decían”. ¡Cuántas maravillas hicieron arder el corazón de Cleofás y de su compañero aquel día! Eran las primeras espigas de la cosecha: sus ojos fueron abiertos y reconocieron a un Cristo que había sufrido y al que iban a contemplar subien-

do en gloria. El trigo viejo de la tierra (Josué 5:11) nos habla de Cristo en los consejos eternos de Dios; el pan, de su humanidad perfecta, alimento para nuestras almas (Juan 6); el grano tostado, de sus sufrimientos (Levítico 2:14), y el grano nuevo en espigas, de su resurrección.

Desde la ofrenda de la gavilla, la siega proseguía durante siete semanas (Deuteronomio 16:9). En Juan 4:35, cuatro meses antes de la siega, Jesús llama a sus discípulos para que consideren los campos ya blancos para la siega. Pero su resurrección era necesaria para que, a lo largo de los siglos, fuesen juntadas en el granero celestial las gavillas por las cuales él iba a dar su vida.

¿Qué falta hoy para la siega? ¿No es lo que faltaba ya en los tiempos del Señor, es decir, obreros? ¿Cuál es nuestra parte en ella? ¿Supimos discernir a qué lugar del campo desea enviarnos el Señor? ¿Por qué tal hermano ya anciano que visita las asambleas en un lugar de difícil acceso no halla un joven amigo dispuesto a llevarlo en su coche? ¿Por qué faltan jóvenes hermanos o hermanas para enseñar a los niños en las escuelas dominicales? ¿Cuántos enfermos se alegrarían de oír un resumen de las reuniones o de recibir una reproducción escrita o grabada de ellas! ¿Cuántas congregaciones apreciarían un alimento sencillo que proviniera del corazón y que dirigiese las almas hacia el Señor! ¿Quiera Dios que los jóvenes hermanos a quienes el Señor conceda estos privilegios puedan sentir la necesidad de presentar verdaderamente a Jesús! (El profeta Isaías **vio** su gloria –tenía tan solo alrededor de veinte años– **y habló** de él).

Romanos 6:4-11 nos muestra que, siendo identificados con Cristo en la semejanza de su muerte, lo seremos también en la de su resurrección. De manera que podemos considerarnos muertos al pecado (lado negativo) pero vivos para Dios en Cristo Jesús, para que andemos en vida nueva (lado positivo). ¿Cómo lo realizaremos? No solo sabiéndolo (lo cual es fundamental), sino también entregándonos nosotros mismos a Dios como resucitados de entre los muertos.

“ Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Colosenses 3:1-2).

Esa primera gavilla, tomada previamente de los campos de Israel para ser ofrecida a Dios, también nos recuerda un principio práctico y fundamental de la Palabra: las primicias son **para** Dios. Hay tres maneras de dar:

1. Se puede dar **todo**: fieles creyentes respondieron a ese llamado dando a Dios su tiempo o sus bienes materiales.
2. Se puede dar **lo que sobra**: lamentablemente es lo que muchos hacen, como el hom-

bre que primero quería sepultar a su padre, o como otro que deseaba ante todo despedirse de los de su casa.

3. También se puede dar a Dios la **primicia**, es decir, hacer para él lo primero, a lo cual se vinculan muchas promesas: “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia” (Proverbios 3:9-10). “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33). “Hazme a mí primero de ello una pequeña torta... y tráemela; y después harás para ti... La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá” (1 Reyes 17:13-14).

¿Daremos al Señor las sobras de nuestro tiempo, o la mejor parte del día –la hora matutina– para la oración y la lectura de la Palabra? Si disponemos de poco tiempo, ¿oraremos primero, o lo haremos solamente si los quehaceres nos dejan tiempo libre? El día del Señor, ¿pensaremos primero en los exámenes que se acercan, o en las primicias que él pide? ¿Le daremos el ocaso de nuestra vida, lo que el mundo ya no quiere más, o procuraremos servirle desde nuestra juventud?

“Que en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18).

Pentecostés

Pentecostés se ubica en el centro de las siete fiestas, es el desenlace de las tres primeras. En cierto sentido las fiestas habrían podido terminar allí si el Espíritu de Dios no hubiera tenido en vista la restauración futura de Israel, tipificada por las tres últimas. Asimismo, en la vida del creyente, la restauración a veces es tan necesaria.

Pentecostés, o fiesta de las Semanas, era celebrada cincuenta días después de la fiesta de las primicias. Se puede pensar que la gavilla era presentada al día siguiente del sábado posterior a la Pascua. De manera que Pentecostés tenía lugar en la primera mitad del tercer mes lunar.

Este intervalo de cincuenta días está lleno de enseñanzas para nosotros. Entre su resurrección, su ascensión y el descenso del Espíritu Santo, el Señor preparó a sus discípulos para ese gran acontecimiento. Esto no significa que, para el creyente que recibió plenamente el Evangelio, transcurra un tiempo entre el momento en que cree en el Señor Jesús y el momento en que recibe al Espíritu Santo (Efesios 1:13). Pero en la experiencia espiritual, las enseñanzas del Señor a los discípulos también conservan todo su valor para nosotros. Ellos debían aprender a conocer a un Cristo **resucitado**, lo que no tuvo lugar sin dificultad. Él los **alimentó** en Emaús y a orillas del mar de Galilea. Dos veces, el primer día de la semana, se les presentó como **centro** de su reunión. Les constituyó **testigos** suyos: el epílogo de cada evangelio y el principio de los Hechos –bajo formas diferentes– repiten la misma designación. Finalmente fue alzado **en gloria**, y desde entonces sus pensamientos le buscarían en lo alto, sus afectos ya no se orientarían más hacia la tierra sino hacia el lugar donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. En el aposento alto perseverarían **en la oración** de común acuerdo. Tal es la posición cristiana que se relaciona no con un Cristo muerto, ni siquiera con un Cristo resucitado, sino con un Cristo ensalzado en la gloria y que va **a volver**.

En ese día de Pentecostés debía ser presentada a Dios una ofrenda vegetal **nueva**; no una ofrenda que representara a Cristo, sino dos panes cocidos con levadura, figura de la Iglesia aquí en la tierra, sacada de entre los judíos y de en medio de los gentiles. La levadura, aunque sin principio activo, subsiste en los panes; en contrapartida, es ofrecido un sacrificio por el pecado, sacrificio que no acompañaba, y con razón, a la gavilla por primicia mecida delante de Dios. El Espíritu Santo no quita el pecado en nosotros. Él es el poder que nos libera de la ley del pecado:

Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.

“

La carne produce sus obras (Gálatas 5:19); en cambio, el Espíritu produce un fruto.

Deuteronomio 16:9-12 nos muestra en figura los efectos de la presencia del Espíritu Santo. El primero de ellos es traer al Señor una ofrenda **voluntaria** dada **conforme** a la bendición recibida. ¡Cuán lejos estamos de la ley! Dios no es un déspota que obliga a sus súbditos a postrarse ante él; al contrario, es un Padre y busca adoradores que le traigan, mediante Jesús, voluntariamente y de corazón, en agradecimiento por toda la bendición que han recibido (y no para obtenerla), el fruto de labios que bendigan su nombre. Luego viene el gozo: “Te alegrarás delante de Jehová tu Dios”, gozo compartido por toda la familia, por la servidumbre, por el levita, el extranjero, el huérfano y la viuda en su aflicción. ¡Cuántas veces el Espíritu subraya esta comunión de los santos en el libro de los Hechos, donde muy a menudo encontramos el gozo de los creyentes! Finalmente exhorta: “Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto” (Deuteronomio 5:15). No debemos olvidar de dónde fuimos sacados (Efesios 2:11), y también debemos ser conscientes de que ya no somos esclavos, sino hijos (Gálatas 4:7). El Espíritu Santo producirá la obediencia mediante la sumisión a la Palabra: “Guardarás y cumplirás estos estatutos”.

Ante todo, lo que llama la atención en Levítico 23 es el amplio lugar que ocupan los sacrificios ofrecidos con relación a la ofrenda nueva de los dos panes. Ninguna fiesta de este capítulo presenta un sacrificio con tantos detalles. Volvemos a encontrar el holocausto, el presente de flor de harina, el sacrificio de paces, el sacrificio por el pecado, es decir, los distintos aspectos de la obra de Cristo desarrollados en los primeros capítulos del Levítico. En ninguna dispensación ha habido ni habrá una posibilidad de apreciar la obra de Cristo en favor de los rescatados como la que es dada ahora a la Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo (Juan 4:23).

El culto cristiano es el más elevado que los hombres puedan rendir a Dios en la tierra. ¡Cuán conveniente es que ese culto le sea dado verdaderamente bajo la dependencia del Espíritu y no según nuestros propios pensamientos, bajo el impulso de sentimientos humanos o simplemente según la tradición! Para ser verdaderamente la boca de la asamblea en el culto, el Espíritu Santo no debe ser impedido ni debe haber impedimentos en nuestra conciencia. Una amplia y activa participación de los que han venido a traer las canastas al santuario (Deuteronomio 26:1-11) está en su lugar, en la libertad del Espíritu, pero también bajo su continua dependencia.

Pentecostés está vinculada con la siega a tal punto que en Éxodo 23:16 es llamada “la fiesta de la siega” de los primeros frutos. ¡Qué magnífico comienzo tuvo la siega para el Señor el día que el Espíritu Santo vino y tres mil almas fueron convertidas! Esa cosecha no se termina con el recogimiento de la Iglesia: “No segaréis hasta el último rincón de ella (la tierra), ni espigarás tu siega”;

otros serán salvados todavía: el residuo de Israel, la muchedumbre innumerable de la gran tribulación, en fin, todos aquellos que de corazón reconocerán al Rey y participarán de la bendición milenaria.

Notemos todavía algunas de las acciones del Espíritu Santo en la dispensación actual. Recuerda todas las cosas que el Señor Jesús dijo a sus discípulos: son **los evangelios** (Juan 14:26). Da testimonio del Señor Jesús, testimonio que los discípulos darían a su vez: son **los Hechos de los Apóstoles** (Juan 15:27). Durante su vida en la tierra, el Señor Jesús no pudo revelarlo todo a los suyos, pues no lo hubieran podido sobrellevar (Juan 16:12); cuando el Espíritu viniera, les conduciría a toda la verdad: son **las epístolas**, las cuales vendrían a complementar la revelación de los evangelios, y no a contradecirla, como se opina en ciertos medios. Luego anunciaría las cosas que han de venir: es **el Apocalipsis** y las partes proféticas de las epístolas. Y sobre todo: “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”, dijo el Señor. El Espíritu nos revela a Cristo en todas las Escrituras y le hace cada vez más precioso a nuestros corazones.

La acción del Espíritu quita el temor, da **libertad** ante Dios; su voluntad es vida y paz (Romanos 8:6-15); él es el Espíritu de adopción por el cual gozamos de nuestra posición de hijos de Dios; es también quien intercede por nosotros. Habita en el creyente, cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo. Habita en la Iglesia, y por él esta es constituida cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13).

El Espíritu y la Esposa dicen: Ven

“ (Apocalipsis 22:17).

Él estará con vosotros eternamente, dice el Señor en Juan 14:16. En el cielo el Espíritu aún glorificará a Aquel que será el centro de todos los corazones.

Mientras esperamos ese glorioso día, somos exhortados a andar en el Espíritu (Gálatas 5:16, 25), a ser guiados por el Espíritu (Romanos 8:14), a vivir por el Espíritu (Gálatas 5:25), a orar por el Espíritu Santo (Judas 20), a rendir culto por el Espíritu (Filipenses 3:3; Juan 4:24).

Cuán preciso es estar atentos para no contristar a ese Huésped divino (Efesios 4:30), ni apagarlo (1 Tesalonicenses 5:19). Como **unción** derramada sobre el joven creyente (rey y sacerdote), le enseña (1 Juan 2:27). Como **arras** de nuestra herencia celestial, nos la asegura y anticipa (Efesios 1:14). Como **sello**, imprime sobre el rescatado las marcas de su Amo (Efesios 1:13). Lo recibimos por la fe (Gálatas 3:2) y no como resultado de nuestro andar. Por otra parte, se nos exhorta a ser llenos del Espíritu (Efesios 5:18), para lo cual es preciso que nuestro ser interior sea vaciado de

todo lo que le estorba y que, conscientes del amor de Dios, le presentemos nuestros cuerpos en sacrificio vivo y agradable (Romanos 12:1; 6:13), permitiendo así que el Señor tome posesión, por su Espíritu, de lo que le pertenece por haberlo adquirido a tan gran precio.

Conmemoración al son de trompetas

La Pascua tenía lugar el decimocuarto día del primer mes. La gavilla por primicia probablemente era ofrecida el día después del primer sábado que seguía a la Pascua. Pentecostés, cincuenta días más tarde, debía tener lugar, pues, en la primera mitad del tercer mes. Luego venía una larga interrupción hasta el séptimo mes, en el cual tres fiestas se sucedían rápidamente.

Proféticamente hemos visto a la Iglesia en los dos panes de Pentecostés, pero en Levítico 23:22 la siega aún no está terminada. Simbólicamente la Iglesia ha sido alzada; queda una bendición para el pobre (esto es, el residuo de Israel) y para el extranjero (las naciones que atravesarán la gran tribulación). En el séptimo mes, Dios reanuda (en figura) sus relaciones con Israel suscitando un despertar anunciado en Isaías 18, el que debe conducir a la humillación descrita en Zacarías 12, para poder introducir al pueblo en las bendiciones milenarias simbolizadas por los siete días de la fiesta de los Tabernáculos. De manera que, proféticamente, el séptimo mes es el fin del año de Dios, la culminación de sus planes.

Esta fiesta también tiene una aplicación para nosotros. El creyente, después de haber sido llevado al Señor Jesús y haber puesto su confianza en Su sangre que purifica de todo pecado, aprendió a caminar en separación del mal, en vida nueva, y a gozar por la fe de las bendiciones dadas por el Espíritu. El tiempo pasa, los años transcurren, las espinas de la parábola crecen, tal vez, e impiden que el buen grano se desarrolle como convendría; un cierto cansancio espiritual se apodera del creyente, se adoptan hábitos malsanos, y tras la pereza viene el sueño. Es preciso que Dios nos despierte. Incluso si no hay decadencia, puede ser que Dios quiera suscitar progresos espirituales en la vida del cristiano.

Sea lo que fuere, por medios que Dios conoce, él nos despierta mediante un toque de trompeta de su Palabra para volver a colocarnos en la luz. La conmemoración de las trompetas es la única fiesta que tiene lugar el primer día de la nueva luna (Salmo 81:3). Empieza un nuevo ciclo, un nuevo enfoque de la luz de Cristo:

“ Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo
(Efesios 5:14).

“Conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño... La noche está avanzada, y se acerca el día” (Romanos 13:11-12). El hombre que duerme corre el peligro de ser confundido con los muertos, pero no por eso tiene menos vida; solo necesita ser despertado. ¿Cuál será entonces la actitud divina? Nada de reproches, aunque serían justificados, mas dice: “te alumbrará Cristo”.

El despertar puede ser individual y también colectivo, como en el caso de la Iglesia cuando el clamor de medianoche despertó a las diez vírgenes; o más tarde, cuando Israel se preparará para recibir a su Mesías. Por lo general, como se ve durante los reinados de Ezequías y Josías, o en los tiempos de Zorobabel, de Esdras o de Nehemías, el despertar comienza individualmente. No se trata de criticar a los demás o al testimonio de la asamblea, sino de un arrepentimiento personal y de tomar sobre sí la humillación que requiere el estado de cosas en el cual se está mezclado (Nehemías 1:7; Daniel 9:15). Joel también precisa:

“ Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento (Joel 2:12).

Si notamos un descenso en el nivel espiritual de nuestras reuniones, un retroceso de la piedad, consideremos primero nuestras propias faltas y el estado de nuestra propia casa. ¿Qué pasa con la lectura de la Palabra en familia y aun con la lectura matutina individual? Mientras a nuestro alrededor Dios trabaja manifiestamente despertando almas en la cristiandad ¿permaneceremos somnolientos? Gracias a Dios existen felices excepciones, personas y reuniones a las cuales el Señor otorga la gracia de manifestar el fruto de la vida divina de una manera particular. Sin embargo, no es menos cierto que, sin un espíritu de humildad, no habrá ningún despertar real en nosotros, ni en nuestras casas ni en el testimonio colectivo.

Al principio un verdadero despertar no conduce a la alegría, sino a la aflicción, así como la conmemoración al son de trompetas era seguida por el día de la expiación.

El día de la expiación (ver nota al final del libro)

Entrar mucho más profundamente en lo que le costó a Cristo quitar el pecado de delante de Dios es el preludio de toda restauración. Reconocer la ruina (Levítico 16:1), individual o colectiva, conduce a una apreciación mucho más grande de la obra de Cristo y de su eficacia ante Dios.

Sin examinar todos los detalles del capítulo 16 de Levítico, el corazón del Pentateuco, trataremos de profundizar tres cosas:

- El pecado.
- Los sufrimientos de Cristo.
- El propiciatorio.

El pecado

Las hierbas amargas de la Pascua simbolizan la contrición del alma que siente la amargura de haber causado, con sus pecados, el sufrimiento de Cristo. En relación con la Cena, somos exhortados a juzgarnos a nosotros mismos. Pero aquí se trata de un ejercicio más profundo todavía. Para Israel, este ejercicio está predicho y detallado en Zacarías 12:10-14 e Isaías 53. Para el cristiano, es ante todo la contemplación de los sufrimientos de Cristo –con la seguridad de que todo está cumplido– lo que le lleva a una apreciación más profunda de la seriedad del pecado. Al contemplar la cruz nos damos cuenta de la gravedad que el mal tiene ante los ojos de Dios, lo cual hace que nos pongamos en manos de él, quien aceptó la ofrenda.

Varias veces en Levítico 16 y 23 el Señor ordena: “Afligiréis vuestras almas”. El Salmo 51 muestra lo que esta aflicción fue para David. En nuestra vida, ¿no se presentan ocasiones en las cuales, a raíz de una falta o por la acción poderosa de la Palabra aplicada por el Espíritu a la conciencia, experimentamos –mucho más profundamente que hasta ese momento– lo horrendo que es el pecado? Si fue necesario que el mismo Hijo de Dios, Aquel que no conoció pecado, fuese hecho pecado por nosotros, a fin de que fuésemos hechos justicia de Dios en él, ¡cuán grave era ese pecado, cuán incompatible con la naturaleza divina!

Los sufrimientos de Cristo

Levítico 16 nos presenta dos categorías de sacrificios: los que Aarón ofrecía por sí mismo y por su casa, a saber, un novillo por el pecado y un carnero como holocausto, y los que ofrecía por el pueblo: dos machos cabríos por el pecado y un carnero como holocausto. En la ofrenda por Aarón y su casa podemos ver la obra de Cristo a favor de su Iglesia, mientras que el sacrificio ofrecido por

el pueblo sugiere más bien la obra de la cruz a favor de Israel. Sea como fuere, no es el momento ni el lugar para distinguir estos diversos aspectos, sino que lo son más bien para considerar lo que este capítulo nos presenta acerca de los sufrimientos de Cristo.

De los dos machos cabríos ofrecidos por el pueblo, el de **Azazel** era presentado vivo delante de Dios y el otro era inmolado. Sobre la cabeza del primero, el sacerdote debía confesar todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones, todos sus pecados; luego era enviado al desierto, llevando todo a esa tierra inhabitada donde iba a morir bajo el juicio. Azazel es una figura extraordinaria de Cristo cuando llevó sobre sí nuestros pecados bajo el juicio de Dios, castigado en lugar de los culpables: “Todos nosotros nos descarriamos... mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6).

Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero



(1 Pedro 2:24).

Para que esta obra sea una realidad para cada uno de nosotros, es preciso haber confesado nuestros pecados y haber aceptado que Cristo tuvo que morir por ellos.

El segundo **macho cabrío** ofrecido **por el pecado** del pueblo debía ser degollado y su sangre llevada “detrás del velo adentro”; el sacerdote estaba solo para cumplir este acto (v. 17), pues nadie podía compartir con Cristo la obra propiciatoria de la cruz; él no halló consoladores; cuando clamó al cielo, no obtuvo respuesta.

El incienso –figura de las perfecciones de Cristo– debía ser puesto en el incensario sobre el fuego del altar; la nube del incienso llenaba el santuario: el fuego del juicio, todos los sufrimientos de la cruz en ese momento de angustia inefable, no hicieron sino manifestar más plenamente sus perfecciones. Todo lo que emanaba de su corazón cuando estuvo bajo el juicio de Dios –afectos, sentimientos, sumisión, confianza, tal como lo vemos en los salmos particularmente– se elevaba hacia el cielo cual perfume de grato olor (véase los Salmos 22, 40, 69, etc.).

Si la sangre y el incienso solo podían ser presentados en el santuario, el cuerpo de la víctima era quemado fuera del campamento. El juicio de Dios cayó completamente sobre Cristo cuando él sufrió fuera de la puerta, abandonado por Dios, privado de toda relación con su pueblo; nada le fue evitado. Israel no tenía el derecho de comer de tal sacrificio; nosotros lo podemos hacer (Hebreos 13:10-11), ya que no tenemos más conciencia de pecado. Tenemos comunión con tal obra.

El propiciatorio

En la Pascua, la sangre que estaba en las puertas era el fundamento de la salvación. Dios veía la sangre y podía salvar al pueblo. En el día de la expiación, la sangre llevada al santuario permitía a Dios mantener las relaciones con su pueblo. Pero la sangre de animales jamás podía **quitar** los pecados (Hebreos 10:1-4). En realidad, la palabra propiciación tiene el sentido de **cubrir** los pecados y no de quitarlos: Ha “pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3:25). Pero venido Cristo, con su propia sangre entró una vez para siempre en los lugares santos de la presencia de Dios, habiendo obtenido eterna redención.

De la cubierta de oro del arca (el propiciatorio) se elevaban dos querubines, ejecutores del juicio de Dios. Sus rostros estaban vueltos hacia el propiciatorio. ¿Qué veían allí? La sangre de la víctima derramada. El propiciatorio, en vez de ser el trono del juicio de Dios, se convertía así en el lugar de su encuentro con el creyente (Éxodo 25:22). Cristo es la propiciación por nuestros pecados (1 Juan 2:2), pero al mismo tiempo es el propiciatorio (Romanos 3:25).

La propiciación por el pecado ha sido hecha; Dios es glorificado y es justo al justificar a aquel que es de la fe de Jesús. Dios quería salvar (no es un Dios vengador apaciguado por la sangre), pero no podía salvar con justicia sin que el castigo hubiera sido sufrido por una víctima.

Los capítulos 9 y 10 de Hebreos subrayan el valor de la obra de Cristo: no es la sangre de machos cabríos, sino Su propia **sangre**; no es un acto recordatorio de pecado, sino una redención eterna; no son holocaustos y sacrificios por el pecado, sino la ofrenda del **cuerpo** de Jesucristo; no son los mismos sacrificios constantemente repetidos, los cuales nunca pueden quitar el pecado, sino una Víctima perfecta que se ofreció a sí misma:

“ Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios (Hebreos 10:12).

¿Cuáles son los resultados? “Con una sola ofrenda hizo perfectos **para siempre** a los santificados”; Dios no se acordará más de sus iniquidades ni de sus pecados. Ahora ellos tienen **plena libertad** para entrar en los lugares santos del cielo, en paz, purificados de una mala conciencia, el cuerpo lavado con agua pura. Se acercan a Dios no por obligación, sino porque desean encontrarse en el santuario con Aquel a quien aman, su Sumo Sacerdote, allí donde él está.

El día de la expiación no concluía con el sacrificio por el pecado, sino que le seguía un holocausto (Levítico 16:24). Si bien Cristo lo hizo todo por nosotros, para borrar nuestras faltas y llevarnos a Dios, su motivo supremo fue la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad.

Como el pecado ha sido quitado, las culpas confesadas, el perdón obtenido y el holocausto ofrecido, el camino está abierto para gozar de la fiesta de los Tabernáculos.

La fiesta de los tabernáculos

Como la fiesta de los panes sin levadura, la de los Tabernáculos duraba siete días. Es figura del milenio y de las bendiciones terrenales de Israel, pero la aplicaremos a la vida del cristiano cuyo andar con el Señor está marcado, a la vez, por la separación del mal –de la cual nos habla la fiesta de los panes sin levadura– y por el gozo de la comunión con él, simbolizado por la fiesta de los Tabernáculos.

Esta séptima y última fiesta del año comenzaba el decimoquinto día del séptimo mes, poco después de la conmemoración al son de las trompetas y del gran día de la expiación. Los trabajos de la cosecha y de la vendimia habían concluido, de manera que había llegado el tiempo del reposo. Nosotros esperamos el reposo final, representado especialmente por el octavo día y la congregación solemne en la casa del Padre. Mientras tanto, por el Espíritu Santo, huésped del creyente y arras de su herencia, tenemos un gozo anticipado de ese hermoso momento. Sentados ya con Cristo en los lugares celestiales (Efesios 2:6), anticipamos el arrebatamiento de la Iglesia y la gloria.

¿Cuál era la ordenanza de la fiesta para los israelitas?

El primer día ellos debían tomar “ramas con fruto de árbol hermoso, ramas de palmeras, ramas de árboles frondosos, y sauces de los arroyos” (Levítico 23:40). Con esto debían construir cabañas en las cuales iban a vivir siete días disfrutando del descanso y del gozo, pero también recordando la travesía por el desierto cuando, durante cuarenta años, los padres habían levantado sus tiendas bajo el sol ardiente.

En esta fiesta el israelita piadoso unía el recuerdo del pueblo peregrino al de un Dios fiel que lo había acompañado en gracia con su propia tienda, el verdadero tabernáculo, hasta llegar al país de la promesa.

En la Pascua siempre se mezclaba el gozo de la liberación con el recuerdo de la esclavitud en Egipto. Una vez celebrada la fiesta, los israelitas volvían con premura a sus tiendas como si no tuvieran comunión entre ellos, para comer allí panes sin levadura durante una semana. En Pentecostés, el nombre de Jehová era el centro del gozo del pueblo que lo rodeaba: era el gozo de la comunión, experimentado por nosotros mediante la presencia del Espíritu Santo. Pero, en la fiesta de los Tabernáculos, durante un ciclo completo de siete días, el gozo era puro, la felicidad sin mezcla; más aún, regocijarse era un mandamiento: “Estarás verdaderamente alegre”. En esta fiesta del gozo, cada uno tenía su parte:

“ Te alegrarás en tus fiestas solemnes, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, y el levita, el extranjero, el huérfano y la viuda que viven en tus poblaciones
(Deuteronomio 16:14).

Nadie es olvidado; las diversas circunstancias de la vida cotidiana son dejadas atrás; no es más la hora del servicio, o de la soledad, o de las lágrimas. En cada uno todo debe expresar el gozo, y solo esta alegría debe reinar en la fiesta.

Los Tabernáculos, fiesta del recuerdo y de la alegría, era también la del descanso en el cumplimiento de las promesas: “Te habrá bendecido Jehová tu Dios en todos tus frutos, y en toda la obra de tus manos” (Deuteronomio 16:15). Por eso esta solemnidad solo podía tener lugar después de haber llegado a Canaán. Los trabajos del año habían terminado:

“ Cuando hayas hecho la cosecha de tu era y de tu lagar
(Deuteronomio 16:13),

no solamente la de tu campo y de tu viña; se había terminado la trilla, y del lagar se había recogido el vino; entonces se podía gozar plenamente de los frutos de un trabajo acabado. Pero, ¿cómo mantener este gozo durante siete días? Cada día debían presentar un sacrificio: novillos, carneros, corderos, un macho cabrío por el pecado (Números 29). Si bien en figura la perfección estaba **casi** lograda (**trece** y no catorce novillos ofrecidos con gozo y voluntariamente al Señor), había también una disminución diaria de esta ofrenda voluntaria durante los siete días: trece, luego doce, luego once, etc. Los dos carneros –testimonio de la consagración a Dios– se repetían invariablemente en la ofrenda de cada día de la fiesta, al igual que los catorce corderos de un año, sin defecto, los cuales expresaban la perfección invariable de la obra redentora. Pero cada día se ofrecía igualmente el sacrificio por el pecado, pues aún no hemos llegado a la perfección del estado eterno.

El octavo día, el gran día de la fiesta

Una vez cumplidos los siete días, parecía que la fiesta había concluido y que debía reanudarse la vida normal. Pero llegado el día después del sábado del séptimo día, una asamblea solemne debía ser convocada y nuevos sacrificios debían ser ofrecidos: era el día de la gran fiesta.

El pueblo no podía comprender el profundo sentido de ese día, el primero de una nueva semana; pero qué privilegio es para nosotros poder discernir su sentido: es el día de la resurrección, nuevo día de una semana que jamás se acabará –“y comenzaron a regocijarse” (Lucas 15:24)–, festín de gozo a la mesa del Padre, día de la gran reunión que se prolonga en el estado eterno, cuando “el tabernáculo de Dios (será) con los hombres” (Apocalipsis 21:3-4).

La fiesta de los Tabernáculos a través de los tiempos

Al llegar a Canaán, muy pronto Israel olvidó que había sido extranjero en Egipto y peregrino en el desierto. En realidad, solo tres veces encontramos la fiesta de los Tabernáculos celebrada según la ordenanza. Primero durante el reinado de Salomón, con motivo de la dedicación del templo, cuando los utensilios del lugar santo y el arca finalmente fueron reunidos en la casa de Dios, llena de la nube: “Oh Jehová Dios, levántate ahora para habitar en tu reposo, tú y el arca de tu poder” (2 Crónicas 6:41). Era el final del tabernáculo itinerante. Pero Salomón y su reinado de paz no fueron más que una muestra muy efímera del futuro reinado del verdadero Hijo de David. En la época de Esdras, una vez reconstruido el altar y restablecido el culto, la fiesta volvió a ser celebrada (Esdras 3:4) y los holocaustos ofrecidos.

Con Nehemías, la fiesta de los Tabernáculos es nuevamente observada por un pequeño residuo vuelto a la tierra de Israel. ¿Cuál fue el motivo de la celebración? La lectura atenta del libro de la ley (Nehemías 8:3-14). ¡Lección importante para nosotros! El libro no fue leído a la ligera, sino lentamente, con claridad, explicando lo que se leía; el pueblo escuchó y se dejó instruir para luego traducirlo en hechos: era el día de la «Biblia abierta».

Ya en tiempos de Ezequías, ese Libro había llevado al pueblo a celebrar la Pascua como nunca lo había sido “desde los días de Salomón” (2 Crónicas 30:26). En los días de Josías, la lectura del Libro también había conducido al pueblo a celebrar de nuevo la Pascua como ninguna otra “desde los días de Samuel el profeta” (2 Crónicas 35:18).

En la época de Nehemías, justamente en el séptimo mes se descubre en el libro de la ley que ese era el momento de celebrar la fiesta de los Tabernáculos. Rápidamente cada uno corrió a la montaña a buscar las ramas necesarias, y levantaron tabernáculos en la azotea, en el patio, en los atrios de la casa de Dios, en la plaza de la puerta de las Aguas, en la de Efraín, en los cuales habitaron con gozo durante una semana. Y, comprobación extraña,

“ desde los días de Josué hijo de Nun hasta aquel día, no habían hecho así los hijos de Israel. Y hubo alegría muy grande (Nehemías 8:17).

Pero entonces no había novillos para los holocaustos, no había sacrificios para ofrecer; reconocieron su debilidad; no pudieron presentarse delante del Señor como convendría. Pero permanecieron allí delante de él, y “leyó Esdras en el libro de la ley de Dios cada día, desde el primer día hasta el último... y el octavo día fue de solemne asamblea, según el rito”.

En Nehemías, la fiesta de los Tabernáculos era como un **anticipo** de la futura resurrección nacional. En los evangelios (Mateo 21, Marcos 11, Juan 12) la fiesta es como un **esbozo**, como un comienzo: ramas de árboles fueron arrojadas a los pies del Señor cuando él se acercó a la ciudad. La muchedumbre le reconoció como Hijo de David y Rey de Israel. Pero la verdadera fiesta de los Tabernáculos no podía ser celebrada antes de que Jesús hubiera dado su vida.

Llegará el momento (Zacarías 14) en que la verdadera fiesta, la fiesta **definitiva**, será celebrada en el país de Canaán, cuando los salvados de entre las naciones subirán para tomar parte en esas santas y gloriosas solemnidades. Israel descansará entonces a la sombra de su viña y de su higuera, y toda la tierra se regocijará bajo el reinado del Príncipe de paz.

El octavo día, anticipo del cielo

Mientras espera esos gloriosos tiempos anunciados por los profetas a Israel, la Iglesia, pueblo celestial, ya posee por la fe un anticipo de ese gozo futuro.

En Juan 7, el Señor había subido secretamente a la fiesta de los Tabernáculos, entonces llamada la fiesta de los judíos, pero no la suya. Ese no podía ser para él el tiempo del reposo y de la gloria. En el desierto, el arca había acompañado al pueblo en su peregrinaje, asociándose a sus vicisitudes o yendo “delante de ellos camino de tres días, buscándoles lugar de descanso” (Números 10:33). Los hermanos de Jesús habrían querido que él subiese a la fiesta con ellos. Pero él había venido en gracia, como la Palabra hecha carne, para habitar –levantar tabernáculo– en medio de nosotros. Para él, divino cordero de Pascua que subía para ser sacrificado, ese era ya el comienzo del “camino de tres días” hacia donde iba a preparar un “lugar de descanso” para los suyos.

El octavo día, el gran día de la fiesta, Jesús se muestra públicamente, figura de lo que debía acontecer por su muerte y su resurrección. Entonces se dirige ya no solo a los judíos, sino a todo aquel que tenga sed: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. En el desierto el pueblo había podido apagar su sed gracias a una roca herida, cuya agua inagotable había conservado sus vidas:

La roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo



(1 Corintios 10:4).

Pero ahora, como la samaritana, todos los que tienen sed pueden acercarse y, creyendo en él, recibir el agua de vida de Jesús, el único que puede darla.

En Juan 4 es un agua que salta para vida eterna, y que se vuelve una alabanza hacia Jesús, quien la dio. Aquí el agua fluye como ríos de agua viva del seno del creyente que apaga su sed con ella. La vida así recibida de él penetra hasta lo más profundo del alma, y sus efectos benditos se derraman para otros.

Solo el Espíritu Santo puede producir esos frutos benditos al centrar la atención del rescatado en un Cristo resucitado y glorificado: “Tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:14). Como arras de la herencia, el Espíritu da al creyente un anticipo del cielo mientras espera la plena manifestación de la gloria.

Como el criado de Abraham, “el que gobernaba en todo lo que tenía” su amo, el Espíritu alimenta el corazón del rescatado de Aquel a quien el Padre dio “todo cuanto tiene”, hasta el hermoso momento del encuentro, cuando por fin pueda decir a la esposa: “Este es mi señor” (Génesis 24:2, 36, 65).

Conclusión

Cada una de las fiestas que vimos (la Pascua, los panes sin levadura, la gavilla por primicia, la conmemoración al son de las trompetas, la expiación y los Tabernáculos) estaba acompañada de sus respectivos sacrificios, como nos lo muestran estos dos capítulos. Expresado de otra manera, cada una de las etapas importantes de la vida espiritual del cristiano está vinculada al sacrificio del Señor Jesús.

¿Significaría esto que solamente en las grandes ocasiones de la vida debemos pensar en el Señor Jesús? El comienzo de nuestro capítulo 28 da la respuesta: “Mi ofrenda, mi pan con mis ofrendas encendidas en olor grato a mí, guardaréis, ofreciéndomelo a su tiempo... Esta es la ofrenda encendida que ofreceréis a Jehová: dos corderos sin tacha de un año, cada día, será el holocausto continuo. Un cordero ofrecerás por la mañana, y el otro cordero ofrecerás a la caída de la tarde” (v. 2-4). Es el holocausto continuo, acompañado con su presente de flor de harina y su libación. De manera que el tiempo fijado para la ofrenda de Jehová no se limitaba a las grandes ocasiones: **cada día** el olor agradable debía subir delante de él.

Si cada mañana y cada tarde sintiéramos más el deseo de dar gracias a Dios por el don del Señor Jesús, esto contribuiría mucho más a mantenernos despiertos y a conservar el gozo de su comunión. ¡Cuán importante es pensar cada mañana en Aquel que se ofreció, y cada tarde bendecir a Dios porque él vino, porque se dio!

Todas las mañanas y todas las tardes el cordero era ofrecido en holocausto, pero el día sábado “ofreceréis... **dos** corderos de un año sin defecto”, con su presente de flor de harina y su libación. Era el holocausto del sábado, además del holocausto continuo. Un día por semana –para nosotros el primer día, el domingo– debe brotar un sentimiento más profundo, más particular para el Señor Jesús sacrificado: aparte del holocausto diario, **dos corderos más**.

Finalmente, “al comienzo de vuestros meses ofreceréis en holocausto a Jehová dos becerros de la vacada, un carnero, y siete corderos de un año sin defecto” (v. 11). He aquí el holocausto mensual para cada mes del año. Estos meses del año corrían paralelos al desarrollo de las fiestas. Correspondían a las lunas y, en cada ciclo lunar, había que ofrecer un nuevo sacrificio. En cierto sentido, la vida de un cristiano debería ser una línea ascendente, continua. Pero, a causa de nuestras flaquezas e insuficiencias, ella, como la luna, también tiene sus fases: menguantes y crecientes, sombras y luces, caída y restauración... Cada vez Dios nos habla, y en cada experiencia nos es necesario pensar en el sacrificio ofrecido en la cruz.

El recuerdo de la obra cumplida en el Calvario no es solo para los días importantes de nuestra vida; debe estar siempre en nuestro corazón, cada día, cada semana, cada mes.

Los capítulos 28 y 29 de Números hacen hincapié en el holocausto, es decir, en lo que el Señor Jesús es para Dios. Es cierto que debemos tener presente lo que él es para nosotros, lo que él nos proporcionó, pero conviene que nos elevemos en nuestros pensamientos y que a menudo hablemos al Padre de Aquel en quien él halló todo su contentamiento. Es lo que le debemos los que gozamos de la herencia y tenemos parte en lo que cada una de las fiestas nos presentan.

Así, de día en día, de semana en semana, de mes en mes y de año en año, andaremos hacia aquel “octavo día”, el día de la eternidad, cuando:

*Para exaltarte, [Hijo ungió!
Del cielo y tierra en coro unido,
Subirá en el santuario el himno
Siempre más, siempre más.*

*Tu faz será la luz suprema
Y de tu gracia el alma llena,
Por siempre tuya toda entera
Te será, te será.*

*De Ti la entrega expiatoria,
De tu amor, de tu victoria,
La Iglesia te dirá la historia
Más allá, más allá.*

*Y ella, tu perla incomparable,
Prueba de tu gloria admirable,
Por siempre tu gracia adorable
Cantará, cantará.*

El pan de la tierra

En el desierto los israelitas se alimentaban del maná. Cada mañana tenían que levantarse muy temprano a fin de recoger la cantidad que necesitaban para el consumo del día (esto se repite seis veces en Éxodo 16). Era imposible hacer provisiones para más de un día, ya que el maná criaba gusanos.

En Juan 6, cuando la multitud increpaba a Jesús, diciendo: “Nuestros padres comieron el maná en el desierto”, él les respondió: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (v. 31, 35). Cada mañana tenemos el gozo de hallar en las Escrituras la figura de un Cristo descendido a la tierra, Hombre entre los hombres, enviado por el Padre para darnos vida eterna. De él no solo se nos habla en los evangelios, sino también en el Antiguo Testamento: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Isaías 7:14). “He aquí mi siervo, yo le sostendré” (Isaías 42:1). “Y será aquel varón como escondedero contra el viento” (Isaías 32:2), etc.

Cuando Israel llegó a Canaán, la escena cambió: “Comieron del fruto de la tierra, los panes sin levadura, y en el mismo día espigas nuevas tostadas” (Josué 5:11). El pueblo acababa de atravesar el Jordán; allí doce piedras fueron levantadas como monumento conmemorativo de aquel hecho memorable, símbolo de nuestra identificación con Cristo en su muerte. Otras doce piedras sacadas del fondo del río fueron erigidas en Gilgal, y son figura de nuestra unión con Cristo en su resurrección. Introducidos de esta manera en la tierra prometida, los israelitas gozaban de una nueva relación con Dios; entonces era necesario que combatieran para conquistar lo que Dios les había dado:

“ Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie (Josué 1:3).

En la experiencia cristiana esto corresponde a la enseñanza a los colosenses y, sobre todo, a los efesios: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1). “Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:6). Se relaciona, además, con la lucha que debemos sostener según Efesios 6:10-18. A partir de aquel momento el maná dejó de ser el alimento, pues Cristo descendió del cielo, y tenemos “el fruto de la tierra, los panes sin levadura” y las “espigas nuevas tostadas”.

“El fruto de la tierra” nos habla de Cristo en los consejos de Dios: “Padre... me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24). “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:7).

Los panes sin levadura y las espigas tostadas eran el producto de la cosecha “del país”. El alma se alimenta de Cristo, víctima sin defecto y sin mancha, quien padeció, murió y resucitó; ya no le puede buscar en la cruz (“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?”), pero le ve en la gloria. Es la gavilla de las primicias (Levítico 23), la avecula que vuela hacia el cielo (Levítico 14) y el pan de la tierra (Números 15). Para nosotros es el Señor, quien el día de su resurrección se apareció a los discípulos que estaban reunidos; Jesús, a quien ahora vemos coronado de gloria y honor; el Cordero en medio del trono.

La vida cristiana se desarrolla tanto en “el desierto” como en “la tierra”. Rescatados por medio de la muerte de Cristo (pascua de Egipto), librados del poder del enemigo (mar Rojo), atravesamos este mundo semejante a un desierto, pero al mismo tiempo experimentamos los cuidados del Señor, y nuestra alma se renueva interiormente cada día por medio de la Palabra que leemos y meditamos, en la cual debemos buscar ante todo la Persona del Señor Jesús (maná). Pero, si bien por la fe sabemos que hemos muerto y resucitado con Cristo, también vivimos en “la tierra”, de manera que debemos conquistar y apropiarnos personalmente de todas las bendiciones espirituales que Dios nos da por medio de Cristo, para lo cual es preciso alimentarnos cada día del Señor Jesús resucitado y glorificado, y buscar

las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios
“ (Colosenses 3:1).

La Palabra de Dios va más lejos aún: “Cuando hayáis entrado en la tierra a la cual yo os llevo, cuando comencéis a comer del pan de la tierra, ofreceréis ofrenda a Dios... De las primicias de vuestra masa daréis a Dios ofrenda por vuestras generaciones” (Números 15:18-19, 21). En el desierto, dentro del tabernáculo, se conservaba una urna que contenía maná, figura de Cristo en su carácter de pan de vida descendido del cielo. Sin embargo, en la tierra prometida era necesario ofrecer al Señor “las primicias de vuestra masa”.

El alma, alimentada del Cristo resucitado, podrá presentarse delante de Dios y ofrecerle el “fruto de labios que confiesan su nombre”; los sacrificios de alabanza no solo expresan agradecimiento por haber sido salvos, sino que presentan al Padre lo que su Hijo es para él (Salmo 50:14, 23;

Hebreos 13:15). Durante la siega, la primera gavilla era ofrecida a Dios (Levítico 23:10). Una vez terminada la cosecha, cuando el trigo ya había sido trillado, molido y preparado, las primicias eran ofrecidas nuevamente al Señor.

¡Quiera Dios que podamos ser alimentados así de Cristo, tanto en su vida como en su muerte, su resurrección y su ascensión a la gloria, a fin de que nuestros corazones, llenos de él, puedan rendir verdaderamente al Padre el culto que él espera de sus adoradores!

Explicación de la palabra “expiación”

Ejemplos:

- “Cada día ofrecerás el becerro del sacrificio por el pecado, para las **expiaciones**; y purificarás el altar cuando hagas **expiación** por él, y lo unguirás para santificarlo” (Éxodo 29:36).
- “Hará de aquel becerro como hizo con el becerro de la **expiación**; lo mismo hará de él; así hará el sacerdote **expiación** por ellos, y obtendrán perdón” (Levítico 4:20).
- “Para **expiación** de su culpa traerá a Jehová un carnero sin defecto de los rebaños, conforme a tu estimación, y lo dará al sacerdote para la **expiación**” (Levítico 6:6).

En las versiones castellanas del Antiguo Testamento, la palabra “expiación” se usa para traducir los términos hebreos que significan “cubierta”, “cubiertas” o “cubrir”. En la versión francesa de Darby, la palabra utilizada en lugar de “expiación” es “propiciación”. Esta última la encontramos en español en tres pasajes del Nuevo Testamento: Romanos 3:25; 1 Juan 2:2 y 4:10.

El propiciatorio era la cubierta del arca (Éxodo 25:17-22). Por lo tanto, “expiación” no es una traducción literal de la palabra hebrea y se debe comprender como «acción de cubrir».

Las ofrendas levíticas no podían borrar ni quitar los pecados (Hebreos 10:4), sino que los “cubrían”, mientras se esperaba la obra expiatoria de Cristo en la cruz. Para el creyente del Antiguo Testamento, un pecado expiado era un pecado cubierto. “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Salmo 32:1). Romanos 3:25 dice: “A causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”. En su paciencia Dios podía “cubrir” o “pasar por alto” los pecados por un tiempo; sin embargo, a causa de su justicia, no podía **quitarlos**, como leemos en Hebreos 10:4: “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”. Únicamente la sangre de Cristo puede borrar los pecados: “Él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él” (1 Juan 3:5).

Entonces, hasta que la justicia de Dios fue vindicada por la muerte de la Santa Víctima en la cruz, Dios solo podía “expiar” en el sentido de “cubrir” los pecados del hombre. Únicamente la obra de la cruz permite a Dios manifestar “su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26). Jesús, el Hijo de Dios, Víctima inocente y santa, se presentó para cumplir, en el Gólgota, la obra mediante la cual el pecado fue expiado, la cuestión del bien y del mal liquidada completamente y el Dios salvador y santo plenamente glorificado. La cruz es la prueba de la expiación.

Así la obra de la cruz tiene esa virtud expiatoria, purificando para siempre de todo pecado a los que se apropien el valor de esta obra. Los sacrificios expiatorios de la ley mosaica no eran más que “sombra” (Hebreos 10:1) de la realidad del sacrificio de Cristo en la cruz.

Es útil recordar esto al leer los muchos versículos del Antiguo Testamento en que se menciona la palabra “expiación”.